

F. Villaamil



VIAGE DE CIRCUNNAVIGACION

DE LA ORDEN
DE LA CORONA

NAUTILUS

5

BU

VIAJE

DE LA

CORBETA

NANTILONG
NOUZZUES

F.A. (C)

910.4

(100)

VIL

FA (C)

910.4

(100)

VIL

VIAJE DE CIRCUNNAVEGACIÓN
DE LA
CORBETA NAUTILUS

UNIVERSIDAD DE ALCALA



5902960145

VIAJE DE CIRCUNNAVEGACIÓN

DE LA

CORBETA NAUTILUS

POR

DON FERNANDO VILLAAMIL



R. 1465

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20

1895

BUAH

Á S. M. LA REINA REGENTE

SEÑORA :

Pobre de galas literarias, pero sincera y verídica relación del viaje alrededor del mundo verificado por la corbeta «Nautilus» es este libro, cuya dedicatoria me permito ofrecer rendidamente á V. M.

Si se digna recorrer sus páginas, frecuentemente hallará reflejadas en ellas los profundos sentimientos de amor filial ó de respetuosa admiración que el augusto nombre de V. M. despertó en cuantos países estuvo la «Nautilus».

Deber mío es, por lo tanto, dedicar á V. M. la relación de esas demostraciones tan halagüeñas como numerosas, puesto que fueron encaminadas á enaltecer el nombre de la bondadosa Soberana á quien yo, el más humilde de los Jefes de la Armada, tenía entonces la honra de representar.

Si dicha circunstancia no justificase sobradamente la dedicatoria de este libro, bastarían para excusar mi atrevimiento el interés constante que V. M. manifiesta por la Marina, y las inolvidables demostraciones de afecto con que recibió á la «Nautilus» al rendir su viaje en San Sebastián.

SEÑORA :

A. L. R. P. D. V. M.

Fernando Villaamil.

PRÓLOGO

I.

«Franqueada salida, dos tarde; fresco Nordeste, buena mar.
¡Adiós!—*Villaamil*.»

Así decía el telegrama que desde Ferrol tuvo la bondad de expedirme el Comandante del *Nautilus* (1), el día 30 de Noviembre de 1892.

Nos habíamos visto en Madrid, pocos días antes; habíamos charlado largamente acerca del viaje del *Nautilus*; todos cuantos detalles se hallaban relacionados con la expedición, en sus líneas generales, me eran conocidos.

El mismo día que *Villaamil* dejó la Corte para marcharse al Ferrol, un almuerzo íntimo había reunido en Fornos á los dos hermanos del marino y á unos pocos amigos cariñosos, entre los

(1) Oficialmente se escribe «la *Nautilus*» por conceptuarse como corbeta el barco. A mí me suena mejor «el *Nautilus*», y lo escribo así, por ser masculino «nautilo» y tener el buque la forma y el aparejo de *clipper* con que navegó bastantes años, hasta que fué adquirido por España. Espero que esta libertad, si lo es, no ofenderá á nadie.

cuales se contaban los Sres. Celleruelo, Busnego, Merás y el autor de estas líneas.

Allí, unidos todos por el mismo sentimiento, rodeando al intrépido Oficial de la Armada española, cuya mano íbamos á estrechar quizá por última vez, habíamos hecho votos por el éxito del arduo y peligroso viaje, y escuchado la voz de Villaamil, voz entusiasta, llena de sonoros acentos, en la cual el amor á la patria y á la Reina vibraban como toques de bélico clarín.

Se marchó llevándose con nuestros abrazos todos cuantos felices augurios podía hacer el corazón; y quedamos nosotros en tierra, peleando en la sombra con lo pequeño, mientras él se disponía á luchar frente á frente con los mares, en campos de batalla que no tienen fin.

Cuando recibí el telegrama y leí aquella viril y lacónica despedida terminada por un ¡adiós! que contenía en sus dos sílabas la odisea de todo el viaje, sentí embargado el ánimo y excitada la imaginación.

Cuantos detalles me había suministrado Villaamil acerca del viaje del *Nautilus* alrededor del mundo, afluyeron á mi mente, me llevaron al gallardo buque, y encadenaron mi espíritu á la idea de la grandiosa expedición.

Cuando D. Fernando Villaamil dejó el mando de *El Destructor*, hace cinco años próximamente, hiciéronsele indicaciones para que se encargara del *Nautilus*, precioso *clipper* adquirido en Inglaterra por el Gobierno español y comprado por Villaamil en 12.000 duros.

Algunas dificultades se opusieron entonces á que uno de los más brillantes oficiales de nuestra Armada aceptase la proposición, y Villaamil fué destinado á mandar la *Almansa*, escuela de marinería, cargo sedentario que desempeñó con eficacia admirable.

Cumplido el término reglamentario, se le ofreció de nuevo el mando del *Nautilus*, y orillados esta vez por el partido conservador todos los inconvenientes, el ex Comandante de *El Destructor*

lo aceptó y dispúsose á dar la vuelta al mundo en arriesgada cuanto hermosa expedición.

Me unen á Villaamil lazos de amistad cordialísima; me he ocupado de él en diversas ocasiones; he esbozado la figura del gran marino, á quien conozco un poco, y cuya pericia á bordo he admirado más de una vez.

Poeta de la mar, en toda la extensión noble y viril de la palabra, Villaamil siente hondamente la poderosa atracción del Océano y ha hecho de él una segunda naturaleza.

Busca á la mar como á una amante; halla en sus calmas indefinibles, en sus terribles agitaciones y en sus soledades inmensas el encanto de una poesía incomparable; y las perfidias de la onda tienen para él los atractivos que ejerce la mujer traidora, cuando el amor le presenta como víctima un temperamento dotado de exquisita sensibilidad.

Las traiciones son un incentivo para la pasión verdadera, y la mar es así. Hay que quererla tanto más cuanto es más infame, y buscar su posesión, á riesgo de la vida, en la voluptuosidad innarrable de la lejanía y del aislamiento, en el contacto inmediato con la naturaleza, que endurece el cuerpo y refresca el alma, fuera del corrompido ambiente social.

Se necesita para ello vocación: ser sensible y empedernido, artista de corazón y hombre de temple, soñar y vivir despierto, hacer del mar el *alma parens* y desafiar sus borrascas como el Justo de Horacio: *impavidum ferient ruinae*.

Villaamil es de esos: marino ante todo, hombre de mar de los pies á la cabeza, con su rostro cetrino y su vista alegre y melancólica, llena de sol y cubierta de nieblas como el Océano.

Dar la vuelta al mundo á bordo del *Nautilus*, era para Villaamil rehacerse una virginidad de marino, casarse con la mar y emprender el viaje de novios en grata compañía: con 300 hombres que, voluntariamente, llenos de entusiasmo, le acompañaban en su expedición.

El itinerario del viaje, trazado por el Comandante del *clipper*, después de detenido estudio, era el siguiente, dividido en travesías:

- 1.^a A tocar en Las Palmas.
- 2.^a A Bahía para refrescar víveres.
- 3.^a Al Cabo de Buena Esperanza.
- 4.^a Al SO. de Australia, á Melbourne, donde hace muchos años no había fondeado un barco español.
- 5.^a A Sydney.
- 6.^a A Nueva Zelanda.
- 7.^a Atravesar el Pacífico hasta California, tocando antes en las islas de Sociedad.
- 8.^a Recalar al Callao, bajando las costas occidentales de América.
- 9.^a Del Callao á Valparaíso.
10. Hacer, no víveres, sino coraje para montar el Cabo de Hornos y entrar en el Atlántico hasta llegar á Santa Elena, la tumba de Napoleón.
11. Pasar del hemisferio Sur al hemisferio Norte, y fondear en Nueva York.
12. De Nueva York á Plimouth ó á Falmouth.
13. De allí al Havre y Cherburgo.
14. Rendir el viaje en el Ferrol ó en San Sebastián.

¡Qué admirable expedición! Cuarenta mil millas próximamente, á un andar medio de seis por hora, según cuadrasen los tiempos.

Atravesar el Atlántico dos veces á la ida, una al O. para buscar la América del Sur y otra al E., hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Cruzar después todo el Océano Índico para ir á Australia, y desde la Nueva Zelanda trazar una inmensa diagonal que atravesara el Pacífico entero hasta San Francisco de California.

Correr luego en la dirección del Meridiano, de N. á S., hasta

los 60° de latitud S., la altura del Cabo de Hornos, entrando después de nuevo en el Atlántico y cruzando en dirección E. hasta Santa Elena.

De ahí buscar nuevamente la costa occidental de América hasta Nueva York.

Y, por último, poner proa á Europa, tocando en el S. de Inglaterra y en el NO. de Francia, para gritar ¡fondo! en el hogar.

Tal era el itinerario que había fijado Villaamil y seguiría el *Nautilus*, el airoso *clipper*, mixto de madera y de hierro, con su gallardo aparejo de fragata, con sus gavias dobles, con su branque acerado y su dura y reluciente jarcia.

Llevaba á bordo á Villaamil y á D. Joaquín Barriere, el segundo Comandante; á seis Oficiales de guerra, Médico, Capellán y Contador, 40 Guardias Marinas, 90 aprendices de Contramaestre, 85 marineros gallegos, guipuzcoanos, vizcaínos, santanderinos y asturianos, cinco Contramaestres y la maestranza correspondiente á un barco de vela.

Toda la dotación iba voluntariamente y con entusiasmo tal, que, cumpliendo algunos individuos mucho antes de terminar el viaje, renunciaban á los premios á que podían tener opción por servir después de estar cumplidos. ¡Y el más viejo de la tripulación tenía veintitrés años!.....

El *Nautilus* estaba preparado para todo evento. Con amor de novio había cuidado Villaamil del equipo del *clipper*.

La reforma más importante que se hizo á bordo consistía en lo que los marinos llaman mamparos de colisión, especie de tabique de hierro colocado á corta distancia de la proa con objeto de evitar vías de agua que pudieran ocasionar las embestidas contra los bancos de hielo que flotan en la mar.

Como el agua se marea fácilmente y la sed es uno de los enemigos más terribles del navegante, se había dispuesto convenientemente la caldera del bote de vapor para hacer agua dulce.

Y hasta llevaba el *Nautilus* dinamita por si ocurría el caso de

tener que picar los palos de hierro del *clipper* en la tremenda batalla que se disponía á librar entre el casco y el aparejo, durante esos imponentes temporales que llegan á azorrar al barco de mejor temple.

Cinco botes, uno de ellos de vapor, cuatro cañones de tiro rápido y una ametralladora completaban la varonil *toilette* del *Nautilus*.

Después de cubiertas las necesidades materiales del buque, Villaamil había cuidado con igual celo de las necesidades morales de su tripulación.

Llevaba gaita y tamboril, en cuyo manejo era diestrísimo un marinero del *clipper*, y además guitarras y acordeones para confortar el ánimo en esos días tristísimos de calma chicha, en que las velas cuelgan inertes y los rizos parecen lágrimas.

—Voy á hacer entrañas de marinero *arando* el mar—me había dicho Villaamil.

En esa frase están retratados el Comandante del *Nautilus* y el objeto de su viaje alrededor del mundo, un viaje que costaría á la nación... ¡treinta mil duros!

La víspera de la salida, todos oyeron una misa á la Virgen del Carmen, patrona adorada de la gente de mar.

¡Misa conmovedora, en la cual muchos sintieron el nudo en la garganta y se mordieron los labios para ocultar el llanto, dominados por profundísima emoción!

Villaamil quiso que la dotación del *clipper* se encomendase á María antes de las borrascas, para que nadie á bordo pudiera decir que no se había acordado de Santa Bárbara hasta la hora de los truenos.

—¡Que la Virgen del Carmen guíe al *Nautilus* en su viaje y acompañe á esos trescientos soldados que dejan desiertos sus hogares durante año y medio, y van á curtirse el cuerpo y el alma para honra de nuestra marina, á merced del viento y de los mares, afrontando todo linaje de peligros, arriesgando la vida á cada

instante, ostentando por escudo el amor á la patria, llevando por enseña el pabellón nacional!

Y séanles propicias en las viradas las antiguas exclamaciones tan cristianas, tan hermosas, tan poéticas:

—¡Listo á virar!... ¡Larga escota de foque!

—¡Allá va con Dios!

—¡En buenhora sea la vuelta!...

II.

«Salgó hoy; llegaremos lunes ó martes probablemente.—
Villaamil.»

Así decía el telegrama que desde Brest me mandó á San Sebastián el Comandante del *Nautilus*, el día 13 de Julio de 1894.

Todos creíamos que fondearía en Pasajes. La orden del Ministerio de Marina era terminante, mandando rendir el viaje al *clipper* español en el citado puerto.

Para adoptar tal determinación, habían tenido que interponerse elevadísimas influencias contra la voluntad del Gobierno, cuyo propósito era que el barco diese fin á su campaña en el Ferrol.

Vencieron aquéllas, y el *Nautilus* salió de Brest, el viernes 13, á la una de la tarde, con rumbo á Pasajes.

El domingo corrió la noticia de que el barco vendría á San Sebastián, para lo cual se le comunicaría en alta mar la alteración del itinerario.

Era verdad; la presencia del sarampión en Pasajes acababa de motivar aquel cambio pedido por la Reina.

No cabía ya duda, el barco iba á rendir el viaje en San Sebastián; Villaamil veía cumplidas sus aspiraciones, al poner la pa-

labra *Fin* á su gloriosa odisea en la capital de Guipúzcoa, donde le esperaban el Rey y su madre, el símbolo de la nación.

El lunes amaneció espléndido, con un sol radiante, sol de fiesta, que envolvía como una caricia al Cantábrico, rizado por fuerte brisa del NO.

Me embarqué á las diez en la falúa de Sanidad; pusimos proa á la isla de Santa Clara; desembarcamos allí y corrimos al faro, desde el cual apareció el mar desde Machichaco hasta las alturas del faro de Bayona, en una extensión inmensa, que cortaba al N. el castillo de la Mota.

Nuestros ojos se dirigieron al *Nautilus*. Se hallaba á una milla de distancia, y venía á todo trapo, hinchado, inmóvil, con la silueta del botalón, que avanzaba gallardamente, mirándose en las aguas.

La esbelta guinda del barco parecía erguirse; los juanetes y sobres del palo de trinquete, únicos que podíamos divisar, porque el *Nautilus* venía en popa, parecían ensancharse y crecer, y el ventado empujaba suavemente las olas, que humedecían las amuras y mecían al buque en aquel regazo ideal.

En las dos puntas, entre el Castillo y la Isla, la escampavía *Guipuzcoana*, teniendo á su bordo á la Reina, al Rey y á las Infantitas, esperaba aguantando la mar.

Había salido una hora antes, sigilosamente, sin izar el pendón morado, llevando tan sólo á popa el pabellón nacional.

Al abrigo de la Isla, al socaire, estuvo como media hora, á la sombra; introdújose luego en el oscuro seno que forman las aguas entre Santa Clara é Igueldo, y allí, en aquella penumbra, largó el pendón de Castilla y corrió á colocarse entre las dos puntas, donde la veíamos cabeceando sin tregua, con su carga real.

El *clipper* entretanto avanzaba lentamente; venía lamiendo la costa, con rigidez solemne de estatua, mostrando cada vez más abultado su velamen, que, cual finísimo lienzo, relucía al sol.

El mar estaba limpio de toda vela; no se divisaba una trainera

ni una lancha; del *Nautilus* para allá, nadie; del *Nautilus* para acá, el Rey y la Reina esperando.

Y en aquella imponente soledad, en aquel silencio indescriptible que envolvía á las ondas y nos sobrecogía á todos, sentíamos llegar hasta nosotros las palpitations del *clipper*, como inmensa oleada de júbilo; parecíanos percibir los latidos del Comandante, de los Oficiales, de los Guardias Marinas, de la tripulación, de aquel puñado de héroes que aspiraba el ambiente de la patria, después de haberla paseado en triunfo, después de haberla honrado por todas las latitudes.

De pronto, la escampavía, que había estado aguantando con la popa á tierra, viró en redondo y puso proa al *Nautilus*, cuando éste se encontraba á media milla próximamente.

Sorteó esbeltamente las olas, avanzando con rapidez, hasta colocarse á distancia desde la cual pudiese verla el barco.

En aquel instante inolvidable vimos un fogonazo á bordo, y oyóse un estampido, otro después, después otro, hasta veintiuno, disparados todos con regularidad metronómica, á compás.

Vimos después arriar un sobre, y un marinero que corría por el botalón y cargaba los foques, al mismo tiempo que los cañozos de popa rompían la calma augusta del Océano.

El *Nautilus* saludaba á su Rey, saludaba á la nación española, rendía allí su viaje inmortal, con el jubiloso estrépito de los cañones á popa, presentando las armas á proa, gigantesco, transfigurado, dominando el cielo, el mar, la tierra, que lo rodeaban como un marco colosal.

—¡Viva el Rey! ¡Vivaaaa!—oímos en seguida. Y aquel grito que salió de los pechos de los marinos como un ¡hurrah! de triunfo, repercutió sobre las ondas y llegó hasta nosotros cual sublime estallido de la patria, canto infame de valentía y de amor.

Estábamos allí, en el faro de la Isla, Miranda, Director de Sanidad; su secretario Peláez; Zabaleta, Director de Sanidad del

puerto de Pasajes; Castell, Director de *La Voz de Guipúzcoa*; mi primo Javier, y algún otro.

Todos experimentamos una emoción hondísima; todos sentimos el nudo en la garganta, la humedad en los ojos ante aquel espectáculo de una grandeza imponderable.

Y todos, sin pronunciar palabra, unidos por el mismo impulso, sacamos los pañuelos y nos pusimos á saludar al *Nautilus*, mientras allá, en el lado opuesto, en la Batería de Damas del Castillo, los Oficiales de artillería disparaban cohetes y atronaban el espacio con sus ¡vivas!

La Reina se acercó al costado de estribor cuando el barco embestía á la entrada.

El *Nautilus* venía escoltado por el Rey y su madre; había orzado ligeramente, y mostraba ya los primores de su casco y de su arboladura, cargadas mayor y trinquete, izada la bandera en la cangreja del palo de mesana.

Por la banda de babor, en la flechadura, pululaba la marinearía; y arriba, en los sobres, divisábamos á dos marineros, cuyas siluetas se destacaban cortando la línea del cielo como dos tremendas hormigas.

Embarcaron el Rey, la Reina y las Infantitas, y corrimos á la lancha, cuando el *clipper*, maniobrando maravillosamente, enfilaba el canal.

Al atracar á bordo, Villaamil conversaba con la Reina, asomados ambos á la borda de estribor, junto á la toldilla.

Cumplidas las prescripciones sanitarias, miré á Villaamil, pedíle por señas permiso para coger la escala, me lo concedió en seguida, subí el primero, entré en el barco, vi á proa á *Barrierè*, el segundo Comandante, me abracé á él, se echó á llorar, y aquellas lágrimas de un valiente penetraron en mi alma como síntesis de todo el viaje, como ideal saludo á la patria de toda la tripulación.

Villaamil, como dije hace poco, estaba con la Reina. Al ver

al Comandante del *Nautilus* al lado de D.^a Cristina, me puse á pensar.

Pensé inmediatamente en la Virgen del Carmen. Estábamos á 16 de Julio; el *clipper* acababa de fondear después de rendir un viaje que quedará para siempre en las páginas de la historia.

Había salido del Ferrol hacía diez y nueve meses, después de celebrarse en el Seijo piadosa y conmovedora ceremonia, que colocara al *Nautilus* bajo la protección de la Virgen del Carmen.

El Comandante, el segundo, los Oficiales, todos llevaban en sus camarotes, como un amuleto, *Stella maris*, la imagen bendita de la Madre de Dios.

Ella los había guiado con solicitud amorosa á través de los terribles escollos que tuvieron que salvar; ella los había confortado durante las espantosas noches del Océano Índico, cuando el barco era juguete de los tiempos, y el Comandante caía sin sentido, derribado por un golpe de mar; ella los había acompañado en los huracanes y en las bonanzas, presenciando desde el cielo los actos heroicos que los *reporters* no pueden instrumentar, y quedan allá, muy lejos, entre el fragor de las olas y los silbidos del viento, en la oscuridad horrible adonde no llegan los periódicos; ella, en suma, les había servido de norte en la expedición gloriosa, y los devolvía sanos y salvos al hogar.

Pero si la Soberana del cielo había amparado al *Nautilus*, la soberana de la tierra no los había olvidado ni un solo instante.

Aquella los cobijó bajo su celeste acción; ésta les protegió con sus preces, vivió á bordo con el alma, rogando por aquellos valientes que representaban la honra suya, la honra presente de la madre, y tal vez, para el hijo, la gloria del porvenir.

Y fué á esperarlos con ansia maternal; quiso ser la primera en darles la bienvenida, intérprete conmovedora, representación augusta de la gratitud, del cariño y de la admiración de un pueblo, cuyos sentimientos encarnaba con grandeza real.

Por eso, al ver entrar al *Nautilus* llevando á la Reina á bordo,

el día de la Virgen del Carmen, pensaba yo que Villaamil debía de estar orgulloso al verse rodeado de las dos soberanas: la del cielo, que se despedía del *clipper* después de entregárselo á la patria, el propio día de la excelsa Señora, y la de la tierra, que recibía tan valioso depósito en nombre de la nación.

Después de eso, podía ya el gallardete de fin de campaña ostentarse en el palo mayor, rebasar el de mesana y caer en las aguas de la Concha como gloriosa rúbrica final.

¡Hermoso fin de viaje, que merecían por todos conceptos los tripulantes del *Nautilus*!

¡Y digno galardón para ese otro soberano de los mares que se llama Fernando Villaamil!

III.

30 de Noviembre de 1892—16 de Julio de 1894. Este libro viene á llenar el vacío que existe entre esas dos fechas. Historia y crítica á la vez de un año, ocho meses y diez y seis días vividos lejos de la patria, en la mar y en tierra, es el complemento indispensable del viaje del *Nautilus*, el pago de una deuda implícitamente contraída con España por D. Fernando Villaamil.

Me jacto de haber contribuído como nadie al pago de esa deuda. *Habent sua fata libelli*; pero este es uno que, sin mi inquebrantable obstinación, hubiera naufragado seguramente, habríase ido á pique con todo su inestimable cargamento.

El Comandante del *Nautilus*, que es en la mar lo que en términos modernos se llama un «vibrante», se convierte en colmo de la timidez cuando se trata de alejarlo del elemento de su devoción.

Pocos días antes de emprender el viaje, le encarecí la conveniencia de darlo á conocer al público, y supliqué á Villaamil me escribiese extensamente desde los puntos en que tocase el *clipper*.

Accedió; y, cumpliendo su promesa con toda fidelidad, me dirigió numerosas cartas, cartas interesantísimas, llenas de variados y curiosos detalles, de observaciones tan atinadas como profundas, que la política, enemiga eterna de lo bello y de lo bueno, no ahogó completamente, gracias á *El Imparcial*.

Aunque muy espaciadas y con poca ó ninguna ilación entre sí, el citado diario publicó, convenientemente aderezadas, algunas de las epístolas de Villaamil; fragmentos aislados, sin orden ni concierto puede decirse; despojos casi informes, que la condescendencia de un periódico importante hizo que flotasen sobre el océano de la información cotidiana, y merced á los cuales pudo España enterarse de que el *Nautilus* llevaba á cabo su histórico viaje de circunnavegación.

Cuando fondeó en San Sebastián el barco, insistí más que nunca en la publicación del libro, creyendo no hallar en Villaamil la menor resistencia. Me equivoqué de medio á medio. La idea de dar á luz el viaje del *Nautilus* llenó de pavor á su Comandante.

¡Meterse él á literato! ¡Estampar su firma en una obra destinada á la publicidad! ¡Afrontar la crítica! De ningún modo. El viaje del *Nautilus* no podía interesar á nadie; sólo hablar de ello le daba calentura. Nada, nada; no había que pensar en semejante desatino. Redactaría la Memoria oficial para el Ministerio del ramo, y se acabó.

Era imposible sacarlo de ahí. Objetábale en vano que para escribir la obra reunía condiciones más que sobradas; yo, que había leído sus deliciosas cartas, enjaretadas en la mar entre cabezadas y balances, y había saboreado el estilo despreocupado y varonil, lleno del encantador desaliño, del desenfado adorable de la sinceridad.

Se resistía con terquedad inalterable. Un día le dije:

—Usted, que tiene la obsesión de la Marina; usted, que hace tantos años se preocupa de su situación malaventurada, y rabia y chilla y se desespera al contemplarla sin porvenir, ¿por qué no se refugia usted, como en un oasis, en la redacción del libro? Distráigase usted con eso, y desahóguese también, si le parece.

—Y sobre todo—añadí, quemando el último cartucho—es un crimen, ¿se entera usted bien?, un verdadero crimen que el silencio en que quiere usted encastillarse á toda costa, caiga sobre esa admirable dotación que ha guiado usted durante el viaje. Escriba usted el libro por ella; que el país conozca las penalidades que han sufrido esos valientes, que me consta quieren á usted tanto como le respetan y admiran, y le han acompañado con un desinterés, con una abnegación que pueden calificarse de filiales. Así como después de los exámenes se reparten premios á los alumnos más aprovechados, premie usted con el libro á esos incomparables mozalbetes á quienes usted ha hecho hombres á bordo del *Nautilus*.

¡Arriando! se me antojó que decía la testarudez de Villaamil, al escuchar las últimas razones. Alguna elevadísima indicación hubo de unirse á las mías, tan sinceras como humildes, é hizo que la voz de «¡arriando!» se convirtiese en la de «¡arria en banda!». Villaamil, finalmente, cedió.

Tal es la historia de este libro, del cual voy á hablar como de cosa propia, porque lo conozco tanto como su autor; lo he leído y releído antes de publicarse, y casi me atrevería á decir que lo he vivido, á fuerza de familiarizarme con él.

Cosmorama literario, admirable y atractivo por su misma realidad, sus capítulos traen á la mente la visión de mundos y de hechos originales; visión que en ocasiones deleita, instruye en otras, conmueve más de una vez é interesa siempre.

El principal encanto del libro de Villaamil está precisamente en que carece de lo que, por desgracia, se llama aquí literatura; en que no encierra ninguno de esos insoportables perfumes con que embadurnan sus frases los *efebos* de la retórica; los que, dis-

frazados ridículamente, quinta esencia de lo insustancial y de lo cursi, convierten el habla de Cervantes en perpetuo Carnaval.

Villaamil posee, como pocos, el sentimiento de lo que escribe; narra ampliamente, traslada al papel lo que ha visto, con la sensación que ha producido en su ánimo, y deja correr la pluma después, sin pararse apenas en el enlace lógico de los fragmentos de frase, de las frases, de los incisos, de los períodos enteros.

Sus deijos de catedrático le hacen agarrarse al gerundio como á un puerto de salvación. Con media docena de gerundios en mano sería capaz de saltar dos páginas sin tropezar en un punto.

La armonía de la frase, el ritmo general de un período, la estructura de los párrafos, todo cuanto tiene relación con la mano de obra, por decirlo así, del literato, es frecuentemente letra muerta para el Comandante del *Nautilus*.

Ciertas locuciones y el empleo sistemático de algunos tiempos del verbo, de pura cepa galaica; las abundantes redundancias, con las cuales quiere apurar la descripción de una cosa, ó hacer más clara la emisión de un pensamiento, revelan en seguida que Villaamil no es escritor de oficio.

¡Cuántos de éstos, sin embargo, que pasan por tales, podrían darse con un canto en el pecho si escribiesen como el autor del viaje del *Nautilus*!

Porque, ¿á qué se reduce, en puridad, la labor de Villaamil? A sendas narraciones de cuantos países visitó el barco que mandaba. Descripciones de ciudades y puertos, usos y costumbres de sus habitantes, obsequios recibidos y devueltos; tal es el círculo en que inevitablemente debe girar la pluma.

Inflar los carrillos y oficiar de sabio hubiera sido convertir el libro en estepa intransitable. Escribir cavatinas literarias y rondós con variaciones, no podía intentarlo siquiera quien es refractario al embuste. Y lanzarse por ahí á descubrir mediterráneos era misión que casaba mal con el temperamento del Comandante del *Nautilus*, poco dado á indigestas erudiciones.

De todas suertes, la naturaleza misma de la obra traía consigo la monotonía de narraciones condenadas, *mutatis mutandis*, á parecerse siempre.

Pues bien; Villaamil ha sorteado ese terrible escollo, quizá sin darse cuenta de ello, por la propia fuerza de su ingénito desenfado, con una desenvoltura, con una brillantez que, lo declaro lealmente, me han llenado de asombro.

Docto sin pedantería, sencillo sin afectación, espíritu perspicaz, devoto de todo racional progreso, historiador verídico, crítico sincero y justo, dotado de notable clarividencia, el autor del viaje del *Nautilus* observa, estudia, escudriña, sometiendo cuanto ve á su criterio sano y firme, criterio de hombre curtido en las batallas de la vida y en las especulaciones de la ciencia, acostumbrado á las soledades inmensas de la mar, que le han enseñado á sondear las grandes profundidades y á no dejarse sugestionar por las impresiones del momento.

La etnografía de los países que recorre le sugiere, así como la política, observaciones juiciosas, desprovistas en absoluto de hinchazón. Y con la misma discreción con que refleja las diversas emociones que la naturaleza le ha comunicado, emite su juicio sobre los asuntos de la gobernación de un pueblo, sobre sus venenos de riqueza, el organismo de su administración; sin que el menor pujo de estadista venga á desvirtuar la encantadora sencillez, no exenta de profundidad, de toda su crítica.

Cuando está en tierra se vuelve locuaz, parece un colegial en vacaciones, libre del uniforme que á bordo lo aherroja á las severidades de la disciplina militar, y le encoge la cara y le endurece los ojos y lo convierte, allá, en la toldilla, en la estatua de Harpócrates.

Por eso relata con deliciosa despreocupación las ausencias de á bordo, las visitas á posesiones exóticas ó llenas de esplendores, cuyos dueños lo han agasajado como á un rey; las giras campes- tres, en las cuales más de una vez lo eterno femenino contamina

al hombre y le arranca al paso finas observaciones psicológicas y fisiológicas de sugestivo color; las cacerías y las expediciones á los montes; las bajadas á los antros mineros, entre ellas la referente á las minas de oro, que está contada con admirable *sans façon*; los banquetes y bailes sufridos en todas partes; los discursos aguantados; toda la serie, en suma, de incidentes y peripecias que hacen del libro, como dije antes, un cosmorama deslumbrador.

La historia de los maories, en la cual se destaca la figura tan simpática como viril de mistress Donnelly, es uno de los trozos descriptivos más originales de la obra. ¿Á qué hablar de él si, mejor de lo que pudiera yo hacerlo, lo habrán de elogiar los lectores?

Australia, Nueva Zelanda, Melbourne, Sydney, Christchurch, Chile, Montevideo; Buenos Aires, Nueva York; países enteros y poblaciones aisladas, adquieren en el libro de Villaamil extraordinario relieve.

El Comandante del *Nautilus*, lo repito, no pretende descubrir mediterráneos, por lo cual el lector no debe temer nunca tropiezos desagradables; quiero decir que se verá libre de pedantescas lucubraciones y encontrará, en cambio, las impresiones personales del autor, que le entretendrán y le instruirán al propio tiempo, y encadenarán su atención á las páginas del libro, desde el principio hasta el fin.

IV.

En el barco, en la mar, el Comandante del clipper cambia radicalmente. Cuando salta á tierra, entra en casa ajena, habla de los demás, y su pluma corre desahogada en loor del prójimo; pero cuando vuelve á bordo, está en el hogar; el buque y Villaa-

mil son, por decirlo así, consustanciales; hablar del uno es exhibir al otro; por lo cual el colegial en vacaciones cede el puesto al Jefe militar.

Convertidas todas las penalidades del viaje en el estricto cumplimiento de un deber, el marino resbala sobre ellas, estimando que relatarlas detalladamente podría ser tachado de prurito de exhibición.

De vez en cuando trazará su pluma cuadros de interior variadísimos, que derramarán destellos de luz sobre las oscuridades del viaje; episodios tristes y alegres, edificantes é instructivos, merced á los cuales adivinará el lector algo de lo mucho que oculta la terrible vida de hombre de mar.

Pero fuera de esos episodios que tanta poesía comunican á una navegación larga y accidentada como la del *Nautilus*, la parte que atañe á los detalles íntimos y circunstanciados de la existencia á bordo está generalmente tratada con implacable concisión.

Así apunta Villaamil temporales y chubascos; así habla de las rachas de viento y de los golpes de mar, prescindiendo casi siempre de las personas, interesándose por el *Nautilus*, por el barco de sus entrañas, al cual, con ternezas de padrazo, ve embestir gallardamente á las olas y burlar sus traidoras acometidas, sin dar un crujido, sin exhalar una queja, sin sufrir el menor detrimento «en cuerpo y traje».

Hay, sin embargo, en la relación del viaje un episodio que bastaría por sí solo para demostrar que no existe elocuencia comparable á la que arranca directamente de la naturalidad; una página en la cual el Comandante del *Nautilus* se eleva á una altura que sólo es dado alcanzar á los que sienten de verdad y á la verdad apelan tan sólo para dar forma al sentimiento y comunicárselo á los demás.

Me refiero al punzante episodio de la muerte del gaviero Esteban Letamendía, la página negra del viaje, que Villaamil describe con acentos que penetran hasta lo más profundo del corazón.

La he leído muchas veces, y he sentido siempre el nudo en la garganta y la humedad en los ojos. La ruda corteza del hombre de mar es impotente aquí para ocultar su profunda pena, y la sencillez del horrible relato conmueve tanto más, cuanto que las lágrimas del Comandante corren entre líneas como tiernísima oración por el alma del pobre muerto.

«Toda la dotación subió á cubierta, y cuatro cabos de mar condujeron al muerto hasta la toldilla, mientras el toque de la campana de proa anunciaba que un compañero de viaje iba á abandonarnos para siempre.

»Á popa de todo, cerca del coronamiento, aguardaba con los Jefes y Oficiales el padre Capellán para unir sus oraciones á las de cuantos presenciábamos espectáculo tan conmovedor. Rezamos todos con la cabeza descubierta y los ojos arrasados en llanto, y cuando llegó el triste momento de arrojarlo al agua, observé lo mucho que sufrían aquellos compañeros que, sujetando al pobre difunto, aguardaban un balance para poder echar por encima de la borda el cadáver de Letamendía, con su correspondiente lingote amarrado á los pies.»

¡Qué hermoso! No, no hay literato capaz de expresar en términos tan concisos, tan puros, tan conmovedores como elocuentes, la catástrofe del 28 de Septiembre de 1893, el sombrío drama del Pacífico, en cuyas aguas quedó sepultado para siempre el gaviero del *Nautilus*.

Todo el relato está escrito así, con esa naturalidad encantadora que parece arrancada del libro de bitácora del buque, y adquiere, por eso mismo, caracteres de innegable grandiosidad.

El estilo de Villaamil tiene, en tales ocasiones, algo de la impo- nente calma del Océano, y sume al alma en ese vacío indescriptible de la mar que la envuelve como flotante é insondable ensueño.

Pero con ser, como lo es el Comandante del *Nautilus*, avaro de detalles, en cuanto se refiere á las fatigas y molestias de la expedición, hay, no obstante, en su obra noticias, datos y explica-

ciones de orden científico que revelan al sabio sin pretensiones pedagógicas y mantienen siempre viva la atención del lector.

La meteorología, la cosmografía, el pilotaje, dan variadísimo contingente á la vasta ilustración de Villaamil y esmaltan su libro con observaciones personales, sobriamente expuestas, que recrean el ánimo y constituyen pequeños cursos de enseñanza, llenos de amenidad.

La noche en la mar; la luna, por cuya pálida luz suspiran tanto los navegantes; los días de lluvia constante que entumescen el cuerpo; los ejercicios en períodos de calma; las maniobras durante el temporal; las recaladas á altas horas de la noche; las diversiones á bordo, improvisadas por la brava gente de proa; los estudios de los Guardias Marinas, los *michis*, como los llaman comúnmente; todo eso forma en las páginas del viaje una serie de cuadros preciosa, que la pluma de Villaamil describe á la ligera, con su característico desenfado, con su inalterable naturalidad.

Llevo ya mucho escrito, y seguiría escribiendo aún si no temiera abusar de la paciencia de los lectores y extralimitarme en el humilde papel de prologuista; tal es el atractivo que ejerce sobre mí el libro del Comandante del *Nautilus*.

Voy, pues, á acortar el aparejo, que ya es hora, y á adoptar las disposiciones convenientes para fondear yo también y rendir mi pobre viaje.

Creo que lo que llevo escrito será bastante para dar idea de la obra de D. Fernando Villaamil.

No es la de un Pico de la Mirandola; no contiene nada que huela á erudición trasnochada ni á omnisciencia finisecular, sino descripciones pintorescas y exactas, juicios sanos y rectos, discretas observaciones, juiciosas advertencias producto de larga práctica, de una honrada conciencia y de un amor patrio que los desengaños más crueles no han logrado extinguir.

Cuadro multicoloro y real de lo que es y debe representar un viaje de instrucción alrededor del mundo, el lector hallará en las

páginas de este libro, virgen de todo literario relumbrón, deleite y enseñanza; le entretendrá y le instruirá, mostrándole cosas nuevas y tipos originales, expuestos en forma ruda é incorrecta á veces, pero siempre con sinceridad seductora, con familiar franqueza; en una palabra, con honradez.

Todas estas cualidades brillan en la obra y destacan una personalidad que se hace atractiva desde las primeras páginas; por lo cual se le sigue sin trabajo, se le escucha atentamente como á discreto *cicerone*, y acaba uno por identificarse de tal suerte con la manera de decir, de sentir y de pensar del Comandante del *Nautilus*, que su estilo le parece el más adecuado y convincente.

El libro se lee sin cansancio y deja despierto el apetito de volverlo á leer. Sus capítulos ofrecen tanta variedad, en medio de la semejanza de los asuntos tratados, que, ábrase por donde se quiera, presenta siempre ocasiones de esparcir el ánimo y aprender.

Dé la esmerada y elegante impresión del libro no he de hablar, saliendo, como sale, de los talleres de Rivadeneyra, lo cual excusa todo elogio; pero no puedo pasar en silencio la colaboración artística que á la obra de Villaamil ha prestado el reputado marinista Sr. Monleón.

Suyas son las letras iniciales de todos los capítulos, en las cuales el pintor ha enlazado gallarda é ingeniosamente los diferentes atributos de la navegación, dibujando además en el texto los dos episodios de la Nochebuena, en los cuales figura como gracioso protagonista el dios Neptuno, y las preciosas entradas del *Nautilus* en San Sebastián y Ferrol.

Reune asimismo el libro de Villaamil una circunstancia digna de particular mención, cual es la de que todos los apuntes litográficos diseminados en estas páginas han sido dibujados por Oficiales y Guardias Marinas.

Llamo la atención especialmente sobre el que aparece en la página 351, que representa al clipper capeando un temporal, y es original del entonces Guardia Marina y hoy Oficial de la Armada,

Sr. Arderius, hijo del popular empresario y, para mí, inolvidable amigo D. Francisco.

Hay también, entre las fotografías que ilustran la obra, muchas sacadas á bordo por la oficialidad del *Nautilus*; lo cual demuestra que ha tomado parte activa é interesante en la colaboración artística de la obra.

Con alicientes de tal valía no cabe dudar del éxito que alcanzará, por más que vegetemos en una república de las letras donde la literatura pide limosna á las puertas de los periódicos, y los lectores *gratis* forman innumerable é insoportable legión.

¡Que el Comandante del *Nautilus* se prepare á resistir los asaltos que le esperan á la voz de «¡El libro ó la vida!», y á abrir las manos, ya que, por fortuna, no necesita escribir para comer!

¡Apercíbase contra los *atracos*, y sea magnánimo hasta la exageración; que sólo así podrá despertar el arrepentimiento en quienes sospechen que este libro sea desahogo de sabio ó cosa baladí!

Termino con una observación puramente personal, lisonjeándome la esperanza de que la harán como yo los que lean detenidamente el viaje del *Nautilus*.

Y es que del conjunto de sus páginas se exhala un aliento patriótico, algo grande y tierno que conmueve y consuela á todo buen español.

Por donde quiera que el barco, con su airoso casco y su fina arboladura, hace ondear el pabellón de la patria, óyese estallar una aclamación formidable, que atruena el espacio, cruza los mares y llega á España como saludo triunfal.

El Comandante del *Nautilus* encarna la nación española; es, en los remotos países que visita, un pedazo de nuestra alma. Los espléndidos agasajos que recibe, el pleito homenaje que le rinden en todas partes, rebasa, por lo tanto, los estrechos límites de un hecho material y se convierte en concierto de simpatías, corona de admiración, de respeto y de cariño, que los extraños, desde inmensas lejanías, mandan á la soberana de España.

Por eso la lectura del viaje del *Nautilus* eleva el espíritu y refresca el corazón.

—¡Oh, la patria!—exclama Villaamil al poner término al capítulo VII.—No se conoce la sublimidad de esa palabra si uno no ha tenido la fortuna de hallar un español en extraña tierra.

Es verdad. ¡Oh, la patria! repito yo también. ¡Sírvalos de consuelo al Jefe, á los Oficiales, á los Guardias Marinas, á la maestranza, á los marineros todos del clipper, esa patria, cuyo nombre suena como divina música, cuando se oye allá, lejos, muy lejos!

¡Y olviden que, mientras paseaban triunfalmente por tierras y mares la enseña de esa patria querida, vitoreados sin cesar; que mientras la alcaldesa de Christchurch calzaba sus manos—detalle delicadísimo y conmovedor—con un guante rojo y otro amarillo, aquí, en la patria cercana, en la patria casera, pasaban inadvertidos, existían apenas, asfixiados por los miasmas de la política, que proseguía, imperturbable, la hermosa tarea del embrutecimiento universal!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid y febrero á 2 de 1895.
